

Caja 27-619 Av

ORACION FUNEBRE

21075

A LOS ILUSTRES MARTIRES DEL DOS DE MAYO

QUE

en las solemnes honras celebradas en la Iglesia mayor de Utiel,
en cumplimiento de la Real órden de S. M. por la
Junta Superior de Gobierno de Aragon
y parte de Castilla,



DIXO

*EL Pbro. DON SEBASTIAN HERNANDEZ MOREJON,
Doctor en Teologia y en ámbos Derechos, Abogado de los
Reales Consejos, Exáminador Synodal de Valladolid
y de Menorca, y Pro-Teniente Vicario general
Castrense de las Tropas de Aragon.*

Merecieron ceñir sus frentes con coronas inmortales....
Oficio de los Mártires.

EXC.MO S.OR

No es un gobierno profano el que hoy nos convoca para discernir los honores del Panteon á sus héroes: es la religiosa España reunida en Córtes; es un pueblo ilustrado á la luz de la revelacion, que penetrando con los ojos de la fé el destino venidero de los hombres, hace un justo desprecio de lo transitorio, y no degrada sus obras imprimiendo en ellas el sello de un falso esplendor.

El buril esculpe en el bronce las hazañas de los guerreros, el genio del arte les erige arcos y columnas; Roma élva al Capitolio las estatuas de sus dignos ciudadanos, Athenas ostenta en relieves las

memorables jornadas de Salamina y Marafon, y la filosofía y elo-
qüencia, substituyendo despues otras señales mas nobles y mas dignas
del mérito, se esfuerzan en hacer mas sólidas y durables las demos-
traciones de la gratitud.

Mas éstos monumentos no tienen una firmeza capaz de hacerlos
contrarrestar el torrente de los siglos; sus basas quedan sepultadas
baxo la ruina de los imperios; la pompa de los elogios se desvane-
ce como el humo, y los sublimes exémplos de virtud comendados
á la fama por una mano de barro, vienen, por fin, á reducirse á
unos cortos caractéres lúgubres, gravados sobre losas sepulcrales, en-
vuelto entre ruinas, ó casualmente manifestados á impulso de la
oscilacion de los tiempos.

Una memoria cara y apreciable, el interesante recuerdo del só-
lido, del legítimo heroísmo, debe hallar en nuestro reconocimien-
to un garante mas seguro de su perpetuidad. La religion consagra
los héroes; la religion sola es capaz de inmortalizarlos. ¡Oh marti-
res del dos de mayo! la patria cristiana que nos llama á éste tem-
plo santo, recomienda á mi ministerio el honor que os es debido.
Despues de haber juntado sus votos á los del Ministro del altar en
la oblacion de la hostia pacífica para inclinar la divina clemencia
hácia vuestras almas, quiere que la verdad pronunciada por mis la-
bios afianze el aplauso, la admiracion y la gloria con que paseis
coronados de edad en edad: quiere que en la iglesia, archivo sagra-
do de la virtud, tan impenetrable al hierro de los tiranos, como
inaccesible al torrente de las vicisitudes, se conserve siempre fresca
hasta el último de nuestros nietos la pintura agradable de vuestros
hechos, y hallen un estímulo poderoso para seguir vuestros pasos
en la senda de la honra.

Védme pues consagrado sobre ésta cátedra al cumplimiento de tan
religioso deber; y para dar principio á mi oracion, traigamos otra
vez á la memoria el dos de mayo como un punto medio entre lo pa-
sado y lo presente: y comparando lo que fuimos con lo que somos,
veneremos aquel augusto dia como una época la mas feliz de nues-
tra historia.

¿Qué fué en efecto la nacion Española ántes de aquel aconte-
cimiento para siempre memorable? Esclava y gentil baxo los Ro-
manos, bárbara y supersticiosa baxo los Godos, cautiva baxo los
Sarracenos, facciosa y turbulenta baxo sus Príncipes, tiranizada

por los Emperadores , degradada , envilecida y sacrificada por sus últimos Reyes.

Cárlos IV subió al trono , y con él subieron igualmente aquellos vicios funestos , que propagados como una peste hasta los ángulos mas remotos de la monarquía , debían emponzoñar el espíritu y el corazón del mayor número de sus habitantes.

El libertinage y la impiedad fixáron su asiento en el seno de la Côte , la disolucion puso bandera en las salas de Palacio , el fétido vapor de la impureza obscureció todo el brillo de la Magestad , nutrióse un mónstruo baxo su dosel , sus sacudimientos obscenos hicieron seña á un desenfreno general : roto el pudor , siguió el desorden en todos los ramos , en todos los estados y en todos los afectos ; un insolente abuso del poder en los ministros , el robo mas descarado en los administradores de las rentas , venalidad en los empleos , arbitrariedad en los géfes , injusticia en los tribunales , mala fé en las combenciones , dolo en los contratos , usura en las ganancias , inmoralidad en los grandes , soltura en los pequeños , disipacion en los ricos , rapiña en los pobres , falacia en las amistades , engaño en las demostraciones , malignidad en las cortesias , traición en los abrazos , odio en las adulaciones , maquinacion en las visitas , parábienes en la embidia , rencor en la sourisa , y para realze de esta horrorosa pintura , degradacion , relajacion y vilipendio en el clero.

Entretanto la marcha política del Estado seguía , como era natural , la divergencia de tan deprabados principios : nuestras naves eran destrozadas sobre el océano por el capricho , la vanidad , ó la locura ; nuestros tesoros prodigados á una alianza fatal , horrible paliativo de la mas negra perfidia ; nuestros exércitos llevados á los confines del Norte para sostener con su sangre las miras ambiciosas de un tirano extrangero ; nuestras fronteras abiertas á un tropel de emisarios , que baxo el título de viageros , exploraban cautelosamente todos los puntos de la Peninsula , nuestras ciudades inundadas de un diluvio de libros obscenos , é impíos , encanto de la imaginacion , estímulo de la mas refinada sensualidad , y peste del corazón y del espíritu , nuestra educacion olvidada , ó encargada á los hombres sin probidad y sin principios , nuestras relaciones exteriores sospechosas y vacilantes , nuestro crédito sin fuerza ni caracter á causa del inmenso déficit del Estado ; y nuestro nombre , el nombre Español , un juguete de mofa y escarnio á todos los pueblos cultos.

Tal era la situación de la infeliz España á principios del año 1808, quando Bonaparte, ese aborto de la revolucion Francesa y caudillo de sus falanges, acababa de establecer en Europa el sistema de los Demagogos que le precedieron; quando las victorias de Austerlitz, Eylau y Jena, ponian en sus manos la suerte de una muchedumbre de reynos y provincias; quando los Príncipes de Alemania, separados de su augusta cabeza, y humillados delante el carro del vencedor, se dexaban corbardemente despojar de sus coronas y subscribian por sus pueblos á los caprichos del despotismo; quando los dos emperadores, el de Austria y Rusia, preocupados de la ilusion, sobrecogidos del terror, ó aletargados con el ópio de la intriga ministerial, miraban con torpe indiferencia erijirse un imperio cuya basta extension debia comprender quantos países se encierran entre el Mediterraneo y las bocas del Rhin y del Albis; desde el dilatado Atlántico hasta la Iliria: quando el nuevo Emperador y Rey, volviendo sus malignos ojos hacia la Peninsula, soplabá qual otra *Pandora* desde la Italia el fuego de la discordia en la casa de nuestros Reyes, agitaba la violencia de las pasiones, preocupaba al padre, desnaturalizaba á la madre, dividia los hijos, rompía los vínculos de la naturaleza, trastornaba el Estado y hacía con este pretexto marchar hasta la capital sus formidables y numerosas tropas.

Vos Dios mio sabeis el conflicto en que entonces se halló nuestro triste corazon por las funestas ideas que atormentaban nuestra alma.

¿Qué será de nosotros? se preguntaban los buenos, ¿qué será de la España, de ésta nacion religiosa, grande, rica, cuya fuerza y poderío la destinaban á ocupar el primer rango entre todas las potencias de uno y otro continente?

Ay....! Una inmensa muchedumbae de extrangeros se derraman qual torrente impetuoso por todas las provincias: el terror les precede, la muerte les acompaña, la desolacion y el luto les siguen: nos arrebatan del trono al virtuoso príncipe, que el cielo en sus misericordias acababa de designarnos: rasgan el libro de nuestra venerable constitucion, y con él la executoria de nuestros sagrados é imprescriptibles derechos; nos preparan la esclavitud, el dolor y la afrenta; atacan las instituciones mas santas, dispersan sus miembros, profanan nuestros templos, y todo indica que vamos á perder la religion de nuestros padres: no hay un Mathatias, que, á exémplo de aquel illustre Macabeo, se conduela de la infelicidad de

su pueblo y resuelva generosamente con sus hijos y hermanos negarse á la servidumbre del moderno Antioco; no hay un Pelayo, que sepultandose como el primero en las cabernas de la tierra consulte allí con su valor para salir qual leon rugiente á despedazar los opresores de su patria: todo es debilidad, todo es crimen: los magnates del reyno se postran, los géfes se rinden, los magistrados obedecen, los ricos se turban, los sábios callan, los pastores desiertan, no hay patria: el interes privado ocupa el lugar del interes social: solo falta un paso para consumir la catástrofe, para completar las tramas homicidas; Bonaparte lo indica, señala el dia, el dos de mayo amanece.... ¡Raro fenómeno....! asombroso espectáculo....! El pueblo de Madrid lanza un grito, la tierra se estremece, y en un instante es contrabalanceada la fuerza del destino.

Si señores: aquel pueblo, aunque desnudo, mal armado, sin plan, sin caudillo, ataca aquellas legiones espantosas por sus armas, formidables por sus victorias; las desordena, las confunde, introduce en ellas el terror y el sobresalto, las destroza en las plazas y calles públicas: mueren despues los patriotas atraídos alevemente por una paz cobarde y perjura; mueren víctimas de la rábía, y de la atrocidad; pero sus gemidos moribundos llevados por el ayre hasta el trono de la divina justicia, encienden sus rayos abrasadores sobre la cabeza de los verdugos; pero su inocente sangre dilatandose á raudales por el suelo de la peninsula, corre á vivificarla toda en entusiasmo y en virtudes; pero este agravio, esta injuria atroz é incommensurable influye de tal manera en el genio de las Españas, que alza su abatida cabeza, truena sobre los malvados, dá la señal á una guerra rencorosa, sanguinaria, y desoladora, y obra una revolucion, que, cambiando la faz del continente europeo, hace mudar de aspecto á las cosas humanas.

Comparad aqui, señores, lo que fuimos con lo que somos, y juzgad si el legitimo español de nuestros dias, si la cuna de nuestros padres tienen alguna semejanza con la nacion y españoles anteriores al dos de mayo.

A pesar de los rebeses y contratiempos, el bagel del Estado no ha suspendido jamás su curso magestuoso. Sin piloto, sin gobernalle, combatido á cada paso de encrespadas olas en un océano de desastres, le hemos visto surcar hácia el puerto, impelidas siempre sus velas por el viento de la gloria. Dexemos sino las figuras, y fi-

xémos los ojos en el estado político, civil y religioso en que nos hallamos.

Somos libres é independientes baxo el gobierno nacional que nos hemos establecido; nos dictamos sábias leyes que deben regirnos, corregimos los vicios de nuestra administracion interior, y organizamos el órden en todos los ramos: ponemos férreas ballas al poder real, que no traspasarán jamás la arbitrariedad y el despotismo: restablecemos la pureza de la religion, la santidad del culto y la bondad de nuestras costumbres, levantamos el derribado edificio del crédito nacional, y estrechamos nuestros vínculos con las Potencias extrangeras: la Inglaterra nos ama y nos respeta, y unidos á ella, el universo entero tiembla y se estremece: despues de vencidos en mil batallas, somos vencedores de los mas aguerridos mariscales del imperio, humillamos esas águilas altaneras cuyo vuelo habia llegado hasta las columnas de Hércules y los muros de Cádiz; hemos disipado los prestigios del temor, y los fantasmas pavorosos de una imaginacion sombría; familiarizados con la muerte, vivimos en paz en medio de sus estragos, y el tirano, vacilante sobre su trono, no halla resistencia contra los embates de nuestra constancia.

Ya la virtud no tendrá que buscar un asilo en los desiertos, la imagen del Criador no quedará borrada en el corazon humano, la religion de Jesuchristo no habrá de auyentarse á países remotos; el español las lleva á todas en triunfo sobre su carro; marcha entre las ruinas de los pueblos con toda la dignidad del hombre social, y desprecia todo lo que no es tan grande, tan magestuoso, tan sublime como su virtud y su gloria.

Luego el homenaje á las ilustres víctimas del dos de mayo debe ser en todos los pueblos y aldeas de la monarquía una expresion la mas sincéra del reconocimiento nacional, un tributo de la veneracion y del amor.

La Religion que lo consagra, encargandose de transmitirlo á las generaciones venideras, excluye la vanidad como incapaz de contribuir á tan generosa obra: quiere que la gratitud se eléve sobre la esfera de los humanos, que busque en el Dios de los exércitos coronas frondosas, laureles inmarcesibles, que los nombres de las víctimas sacrificadas á su santa causa en las sombras de la noche y en la obscuridad del silencio, queden indeleblemente gravados en el

libro de la vida; que su gloria sea un esplendor de la de los santos, su ornamento la inmaculada estola del cordero, sus palmas las de la celestial Jerusalem. Para esto nos recuerda por el órgano de sus ministros el dógma consolador de la vida futura, levanta nuestro espíritu hasta el trono de Dios descubriendonos sobre la amada Sion al inmortal rey de la gloria, autor de la paz, centro de los verdaderos placeres, dulce término de los trabajos, premio y corona de la virtud oprimida: nos lo representa lleno de bondad dexándose vencer de nuestros ruegos para abreviar el plazo á sus escogidos, y anticipar la felicidad de aquellos que, aunque murieron en su amor, todavia no son bastantemente dignos de su presencia. Excita la piedad de los fieles, junta drágmata como el pueblo Machabeo para los sacrificios, promueve, ordena votos, oblaçiones y holocaustos: su ardiente zelo se complace en oír resonar por las bóvedas del santuario los humildes écos de la deprecacion, la triste armonía de los cánticos, se deleita al ver el aparato obligador de las ceremonias fúnebres, vivificado por el incruento sacrificio de nuestros altares, por ese sacrificio de expiacion, que violenta, si es lícito decirse, la misma Divinidad, que satisface por todos los pecados del mundo, que abre las puertas del firmamento á los afligidos hijos de la esperanza. Estos desvelos de la religion de Jesucristo, estas demostraciones de una patria cristiana encierran el gran secreto, desconocido á los pueblos profanos, de agradecer útilmente los heróicos sacrificios de sus Adletas, de procurarles una recompensa sólida y real mas allá del sepulcro, de reanimar sus frios despojos, y hacer que vivan eternamente en la memoria de los hombres.

Pasarán los tiempos, las generaciones se sucederán unas á otras, apenas quedarán vestigios de ése soberbio imperio, que desafiaba en poder al de los Asirios y Romanos, la historia de Bonaparte podrá conservar alguna idea de su horror en el teatro; pero el *dos de mayo*, el heróico sacrificio de sus víctimas, amanecerá todos los años sobre nuestro horizonte como el sol: los españoles lo saludarán con alegría, y reunidos en el templo, enagenados sus nietos de un profundo gozo á vista del interesante quadro de las virtudes de sus padres, exclamarán diciendo. „Hubo un tiempo en que la impiedad alzó su frente altiva en el seno de la Francia, derribó en ella el trono y el altar, formó una revolu-

cion larga y sangrienta, ésta produjo un mónstruo; con su poder subyugó á toda la Europa, destronó sus reyes, rasgó sus instituciones antiguas, invadió la iglesia, cargó de cadenas á su venerable Pastor, volvió sus malignos ojos sobre la España, la inundó de sus falanges, nos arrebató de entre los brazos al virtuoso Fernando, íbamos á quedar sin patria, y sin religion; pero el leal y valeroso pueblo de Madrid escuchó la voz de su carazon, lanzó un grito semejante al trueno, se arrojó indefenso sobre sus opresores, derramó generosamente su sangre en tan terrible lucha, y floreciendo con su riego el arbol de nuestra antigua gloria, firmaron el testamento de nuestra libertad y bien andanza. = Dixe. =
Requiescant in pace. Amen.



En la Imprenta de Miedes.